

# Valeria Tentoni

## La vida privada





Seix Barral

---

**Valeria Tentoni**  
La vida privada

---

Sé que estoy soñando porque leo un libro que no traje, un libro que dejé atrás por accidente, olvidado en la mesa de luz. En el sueño, las palabras se deforman hasta aplastarse contra el fondo y desaparecer por completo, dando paso a las del libro que sí traje, el que podría leer ahora mismo si me lo propusiera, y quizás, incluso, tenga sobre la falda, abierto y abandonado a mi calor como un hijo dormido.

Cuando despierto, el chofer me está sacudiendo del hombro. Tengo dos minutos antes de que arranque el colectivo para seguir su camino y, por el modo en que lo dice, puede que haya estado repitiéndolo desde hace un largo rato. Al verlo girar, satisfecho, ante mis ojos por fin abiertos, me incorporo y miro alrededor: los demás pasajeros duermen profundamente y en perfecto silencio. Bien podrían estar muertos. Al parecer, soy la única que baja en esta parada.

El paisaje gotea a través del corazón que dibujo en el vidrio húmedo. Quiero asegurarme de estar llegando al lugar correcto, pero no logro reconocerlo antes de que el vapor vuelva a cerrarse sobre sí mismo, engullendo

---

eucaliptos y postes de madera. Uso el minuto que resta para recuperar la mochila y peinarme un poco. Tengo sed, pero no queda agua en la botella, aunque no recuerdo en qué momento la bebí. Debo haber sido yo; no tengo de quién desconfiar, el asiento contiguo está libre.

Bajo en la garita y quedo sola en medio de la ruta. Un paquete vacío de papel metalizado rueda junto a mi pie derecho. El colectivo se aleja, llevándose con él hasta desaparecer.

El horizonte se detiene. Comienzan a cantar los pajaritos.

Identifico el camino de tierra que tengo que tomar no por el cartel, que quedó a mis espaldas, sino por ser la única huella a la vista. Cruzo el asfalto, que se suspende abruptamente frente a la tierra seca, sin atreverse siquiera a salpicarla. Restriego mis ojos, me estiro. Un bostezo largo me hace lagrimear. Tengo bastante por recorrer a pie, llevo poco equipaje. No hice cálculos. No di avisos, tampoco, ¿a quién y para qué? Me palpo la campera: mis documentos en su lugar, la billetera completa. Semidormida, avanzo. La tierra se adhiere a la electricidad de mis zapatillas blancas, demasiado limpias, una escarapela citadina que desde ya comienza a avergonzarme.

Después de los alambrados, se revelan las grandes extensiones de cultivos de maíz de las que Virginia Mountweazel me habló en sus cartas, cuadrantes amarillos que parecen terminar en algún punto más allá de la vista. Los girasoles se alzan de cara al amanecer. Sospecho que esa es su manera de dar la espalda a los intrusos. Conforme avanzo, el sol va imponiendo sus colores, sucesivas capas

---

de perfección que amenazan con ser la última y nunca lo son del todo.

Bajo la luz recién nacida, en el aire purificado del pueblo que se aproxima desde el fondo, no veo ganado ni maquinarias. No es tiempo todavía de cosecha, aunque muy pronto lo será. No puedo saberlo aún, pero sí que por ese mismo camino llegaron mis cartas estos años. Las imagino flotando, una por una, delante de mí. El día nos empuja a todas por la espalda, en fila india. Un paso adelante, ni un paso atrás, camino como si estuviera aluniando. Lentamente, mi peso se equilibra con la fuerza de gravedad y mi temperatura corporal con la de la mañana campestre. Sigo caminando, la vista intermitente entre la tierra y los girasoles, la tierra y las espigas, la tierra y los cardos rusos.

Al rato, quedo ante el almacén. Es tal cual lo imaginé: una típica esquina irregular con las paredes cubiertas por cáscaras de pintura rosa. La construcción es antiquísima; lo sé, igual que lo sabría cualquiera, porque arriba de la puerta los ladrillos han sido acomodados en arco hace más de un siglo. Ya nadie construye de esa manera.

Es aquí donde llega el correo. El pueblo es tan pequeño que no hace falta número ni calle. Alcanza con escribir el nombre del negocio y, renglón seguido, «favor de entregar a Virginia Mountweazel». Imposible que la confundan. De cualquier modo, y desde que a nadie por ahí se le ocurre quedarse con cosas que no sean suyas, los del almacén le dan el paquete con las cartas de la semana al primero que pasa, para que las reparta.

Por la calle no anda un alma y me detengo frente a la puerta, que está abierta. Sale un vaho a lavandina.

---

Adentro hay una mujer y no le doy tiempo a sorprenderse. Casi sin modales encargo agua, fiambre, pan. Después pido permiso para pasar al baño. Tengo que recorrer un pasillo largo que se hunde detrás del mostrador y las heladeras para llegar hasta un lavamanos diminuto en el que me puedo lavar la cara. Todavía hinchada por el sueño, tiene un aire inofensivo que me propongo conservar. Parece más joven de lo que en verdad es; siempre me lo dicen los demás y en este instante me lo digo a mí misma, el mentón arriba y el cuello de lado.

Vuelvo del baño renovada y enérgica, pero me moderado y agradezco con una inclinación de cabeza. La dueña, una mujer corpulenta a la que le cuesta moverse, me espera ocupada, preparando mi pedido. Hace grandes esfuerzos por no preguntar nada acerca de mí, acerca de mi visita a su pueblo. Mientras tanto su hijo, rubio y alto como un obelisco, juega con una de esas paletas de madera que vienen con la pelota asegurada por un hilo. No lo vi al entrar, quizás lo hizo detrás de mí.

Envuelto en el tufo del lugar, el chico cambia la velocidad de sus golpes de acuerdo a la velocidad de la conversación que mantenemos su madre y yo. La vista fija en la pelotita, mueve la boca al modo de los grandes pianistas cuando ejecutan grandes obras, con una especie de dictado secreto. Simulo que no me molesta, como si no estuviese sucediendo, los tres encerrados en ese cubo y la pelotita, incansable, rebotando. Su madre no intenta detenerlo, lo soporta igual que una vaca a la lluvia, pero por algún motivo no me inspira lástima ni ningún sentimiento parecido.

---

Los hechos se desenvuelven de modo lento y rápido a la vez. La heladera tiembla con su motor recalentado, y las manos de la dispensera dejan caer una lámina muy fina de plástico entre el queso y el fiambre. Saca después pan de una bolsa de papel marrón y crujiente. Recién cuando tengo el paquete en la mano pregunto por Mountweazel.

La conocen, pero le tienen recelo. Mientras me da las indicaciones, la almacenera se va materializando: saca palabras de su boca con mucho cuidado, titubea y las hace entrar en las pausas del hijo. Es una experta en encontrarlas. Tímida, a su manera está furiosa porque le estoy sacando algo sin darle tiempo a decidir si le conviene o no dármele. La luz que entra desde el patio la abraza por la espalda y la transfigura contra su voluntad, haciéndola ver como una gruesa virgen sagrada, mientras sigue explicando con dedicación y detalle lo que le pregunto.

—¡Enrique! —grita en cierto momento.

Da la impresión de que lo hace de compromiso, sin sentido práctico. El chico no se detiene.

Una moneda de las que me tocan de vuelto rueda de mi mano al piso y sigue hasta esconderse bajo otra heladera, que tiene botellas y potes de yogurt, imagino, vencidos. La mujer insiste en reponerla. Es una moneda ridícula que no alcanzaría para comprar un caramelo, y se la acepto por no discutir. Al instante, el chico se abalanza para buscar la moneda original.

Incómoda por el cuadro que dejo, salgo del negocio. Cruzo una cortina de plástico con la estampa de un gran loro verde, rojo y azul. El ave posa de perfil en una rama invisible. Por el lugar que le han elegido, parece un animal

---

guardián. Bajo la vista y no lo vuelvo a mirar. No sé qué poderes se reserva ese loro y no estoy tan segura, por otra parte, de que yo no sea una de las presencias indeseables que pretenden ahuyentar con él.

Me siento en la vereda, bajo la sombra de un árbol de hojitas pequeñas, casi alegres. Abro el paquete. Es temprano, pero el calor es tanto que un jugo malsano se desprende de las fetas de queso. Parto el pan con las manos. Algo de estos trabajos simples me tranquiliza después de tantas horas de viaje.

Oigo el crujido de unas chapas lejanas, el viento cruzando las nubes, los últimos trajines de la almacenera guardando lo que sacó para atenderme. En un silencio así podrían escucharse hasta las semillas partiéndose en los picos de los pájaros. Ni un solo sonido escapa de la caída, se derrumban en simultáneo en el mismo manto anchísimo y claro de la mañana del pueblo. Acá se debe dormir bien, supongo.

Cuando termino de preparar el sándwich, sale el chico con la paleta bajo el brazo.

—Si me da uno, yo la acompaño.

Me sorprende, antes no me había parecido capaz de un ímpetu como ese. También porque ofrece su ayuda sin regalarla. Es obvio que, de haber querido un sándwich, se lo podría haber pedido a la madre.

Yo a él no lo necesito. El camino es recto y las indicaciones simples, difícilmente vaya a perderme en estas pocas cuadras. Pero él no me necesita tampoco, y sin embargo se ha arrimado. Así comienzan las amistades en cualquier lugar del planeta. Y yo hace rato que no me hago amigos nuevos.

---

Le ofrezco el sándwich que acabo de hacer a Enrique y preparo otro para mí mientras él se lo come con la boca abierta, masticando sin piedad. Después de esa ceremonia sencilla, no me habla más. La mano libre insiste con la paleta y el sonido se derrama sobre la tierra seca: juraría que la veo temblar con cada golpe.

Termino lo que tengo para comer y, cuando me pongo de pie, él también se levanta. Partimos.

Las casas son pocas y viejas. Se arremolinan, pegoteadas igual que si no hubiese espacio, pero después quedan lotes enteros cubiertos de yuyos, hectáreas vacías con bidones oxidados entre los que olisquean gallinas y chanchos, algún caballo atado al alambrado por el cuello. Los perros nos ladran, se van contagiando la inquietud y comienzan a seguirnos en una corte vigilante. Mi instinto me dice que lo mejor es seguir camino, no dedicarles siquiera una vista rápida. Enrique, por su parte, no se acobarda ni les grita. Parece blindado por un poder divino. Yo, en cambio, disimulo mal un terror que los perros huelen y disfrutan.

La gente, al oírnos pasar, sale a la puerta. Más bien oyen a los perros o lo oyen a él con su bendita pelota, que le conocerán de memoria. Apenas saludan llevándose la mano al sombrero, si lo tienen, o a viva voz con unas pocas palabras intercambiables. Dejo responder al chico por los dos y me cuido bien de no mirar a nadie a los ojos. No identifico emoción alguna en esa gente más allá de la curiosidad. Es un interés contenido, igual al que se tiene en los velorios. Yo no siento atracción por ellos. Ni siquiera, aún, por mi guía. Sus últimas palabras son para presentarme a Otti, el lancharo del lugar. Él me va a cruzar a la isla.

---

—Va a lo de la gringa —grita Enrique.

Después da media vuelta y regresa sobre sus pasos, dejándome de pie con la mochila colgada del hombro.

El chico se vuelve más alto e indolente a la distancia, crece o acaso envejece a la vez que Otti espanta moscas y arrastra una reposera hacia adentro, tranca la puerta de su casa —una especie de cabina de chapa— con un mecanismo que solamente podría detener a los caballos. Me pide que lo siga.

Bajamos al río tomando un caminito delgado de arena, erosionado por sus idas y vueltas. Le calco el tranco sin chistar, aunque se me claven algunas espinas en los tobillos desnudos, que quizás no sean espinas sino tallos cortos y secos, ramas de cortes afilados por los mordiscos de los perros. En algún momento, pienso, este hombre tuvo que inventar el camino entre matorrales, sin brújula, sin consejos ni advertencias.

Otti, sabré después, es la única posibilidad de llegar y salir de la isla en la que vive Mountweazel.

—Para volver, agarre la bandera blanca que está allá, ¿la ve? Cuando nos acerquemos más la va a ver... La saca y la agita, y yo la voy a buscar.

—¿Y si es de noche y no hay luz?

—Si es de noche, es de noche.

Los alguaciles rondan un collar de barro alrededor del agua y Otti arranca el motor tras girar la lancha, conmigo arriba. Está hundido en el río hasta las rodillas. Tiene los ojos achinados por la luz, la piel curtida y las manos enormes, tan grandes que parece imposible que pueda completar ciertas tareas con ellas, como embocar un botón en el ojal de la camisa que lleva puesta. Por debajo del

---

puño arremangado, en algunos movimientos de la lancha, alcanzo a verle la piel blanca, intocada, de los brazos, y calculo que esa debe ser su única ropa.

Cuando endereza la nave, me grita que tenga cuidado con los tábanos.

—Y con el sol, ¿sabe las cosas que hace el sol? ¿Las cosas que puede hacer? Tápese, la cabeza nunca al descubierto por acá.

La cabaña de Mountweazel está en lo alto de una loma aguda. Puedo verla desde el río, que me parece sucio, degradado, y ya me mojó bastante. Otti me explica que ese es su color natural, que siempre ha sido así: marrón.

Me pregunta después si vengo de la ciudad. Con timidez respondo que sí. Por un buen rato se queda callado. Ese silencio equivale a decirme aquello que creo podría pensar alguien como él de alguien como yo. Después me indica por dónde agarrar para llegar mejor a la cabaña. Si siento que me estoy perdiendo, sólo tendré que mirar hacia arriba, dice. La isla es diminuta, igual que cualquiera de las que se desparraman a esa altura del afluente.

En esta isla no hay nadie más que esa mujer.

—No podría tocar la puerta equivocada —insiste sonriendo, sin vocación.

—Es una suerte —digo, por decir algo.

—Vaya uno a saber...

Lo primero que veo al bajarme de la lancha es la bandera. Está escondida detrás de una duna y flamea con debilidad. No es un día ventoso y probablemente ninguno de los que transcurren en estas latitudes lo sea. Algo de mi peso específico comienza a alterarse. Tengo miedo y

---

recién ahora, que ya es tarde para cambiar de opinión, lo comprendo.

El sol se dirige con suavidad a las alturas, a donde yo también tengo que llegar. No hay pájaros que le disputen el protagonismo: nos sobrevuela un cielo limpio y terso, sin siquiera una nube. A los pocos metros de mi ascensión, aunque los hubiese esperado de noche, empiezo a percibir la vibración de los insectos. Olvido lo que investigué, lo que leí antes de llegar hasta acá. Siseos, agudísimos trinos y chirridos apenas audibles van ganando densidad. Estoy rodeada por un ejército invisible.

Siento que algo me expulsa progresivamente del bienestar. ¿Quizás hubiese sido mejor dormir un poco antes de seguir? Ya es tarde también para una pregunta así, y recuerdo aquel subrayado en el que Virginia desprecia a los indecisos. Lleno de aire los pulmones, apretados entre mis costillas, y registro el tope, la tiranía del cuerpo acelerado.

Para cuando llego a la cima estoy empapada. Las piernas me tiemblan y de repente se vuelven muy pesadas. Antes de golpear las palmas quiero recuperar el aliento, pero en eso aparece ella, rodeando el fondo de la cabaña. Trae una canasta con frutos que no conozco, de un naranja fosforescido. Lleva el pelo suelto, color miel ceniza. Le ha crecido hasta debajo de los hombros y está enmarañado, imprimiéndole una gracia bestial. Es todo lo que alcanzo a observar antes de verme obligada a decir algo.